

Nº37.

5. DICIEMBRE

1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

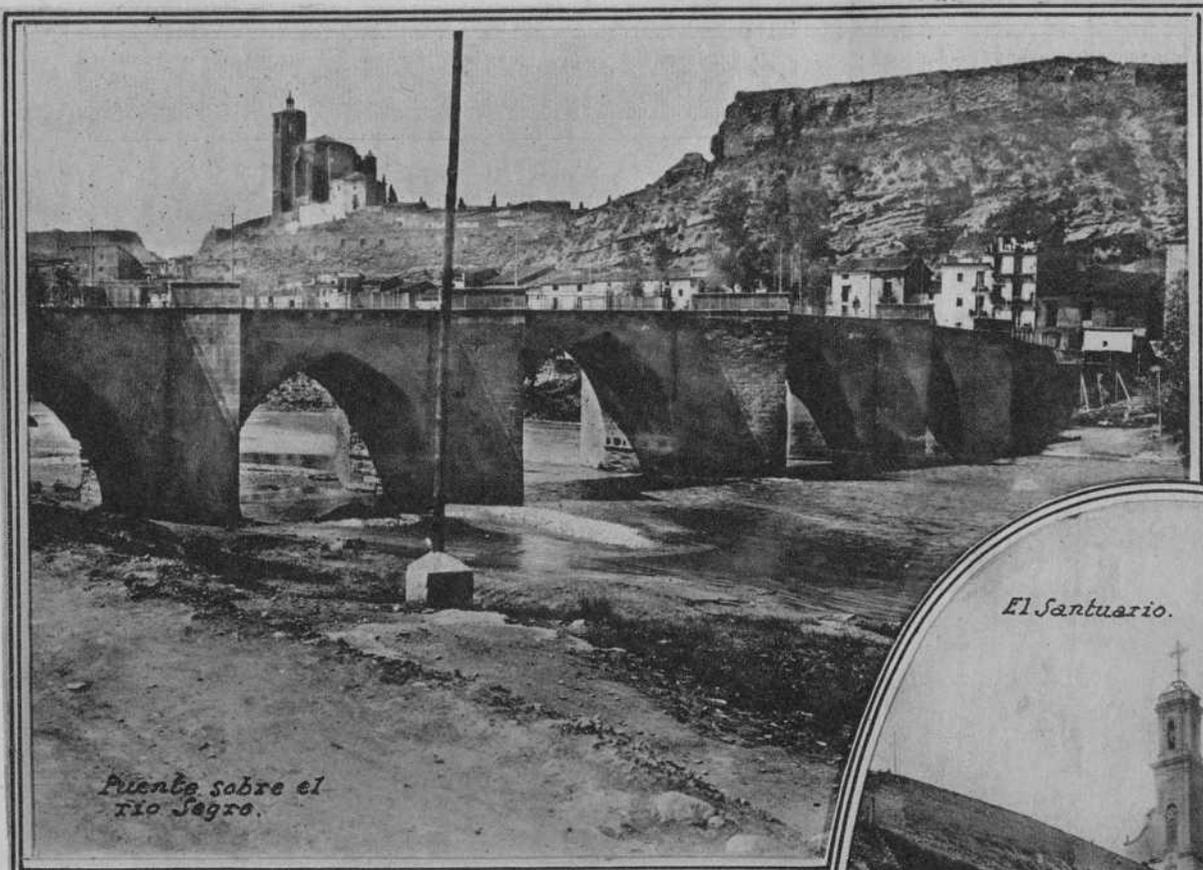
El Día Gráfico.



Muy antiguo y muy moderno.

Entre la famosa torre inclinada de Pisa, construida en el siglo XII y la catedral románica, del siglo XI, vuela el avion, lleno de gracia sobre la gracia secular de la gran tradicion de Pisa.

(Fot. Houzeau)

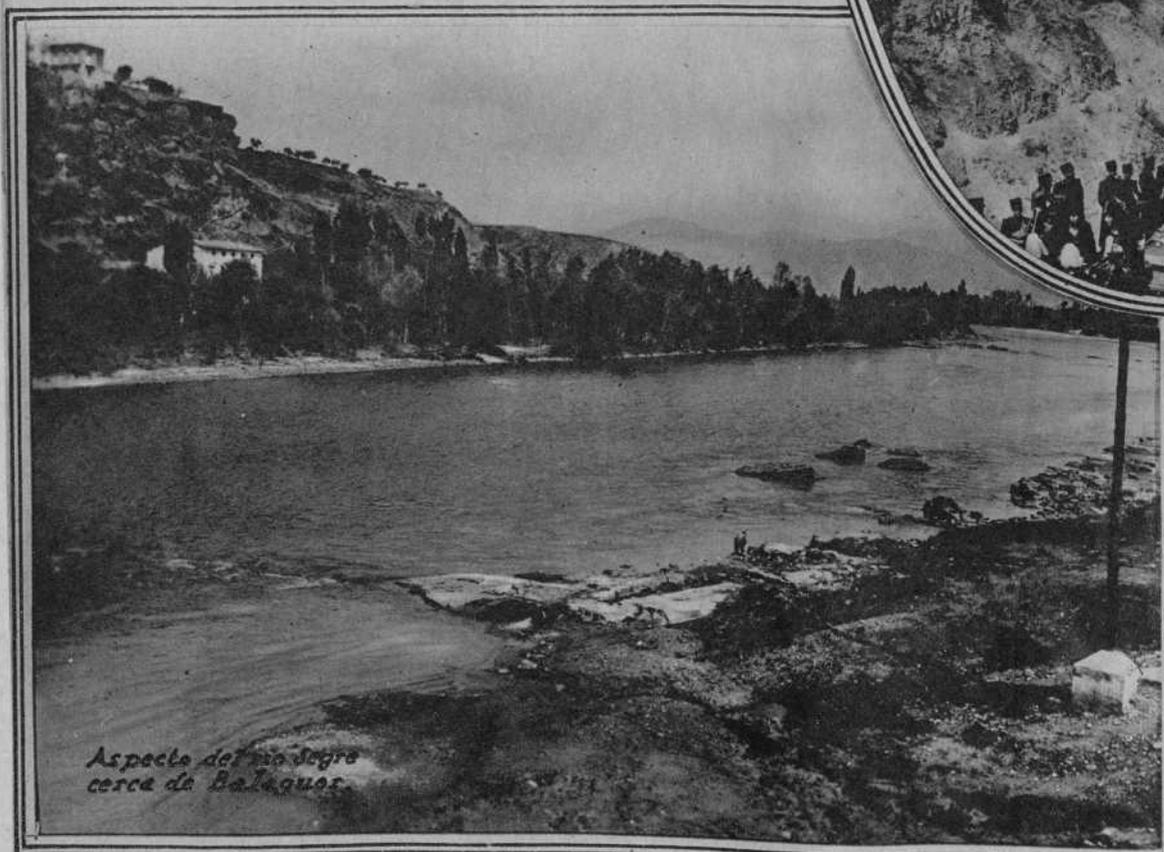


*Puente sobre el
río Segre.*

Balaguer, la antigua.



El Santuario.



*Aspecto del río Segre
cerca de Balaguer.*

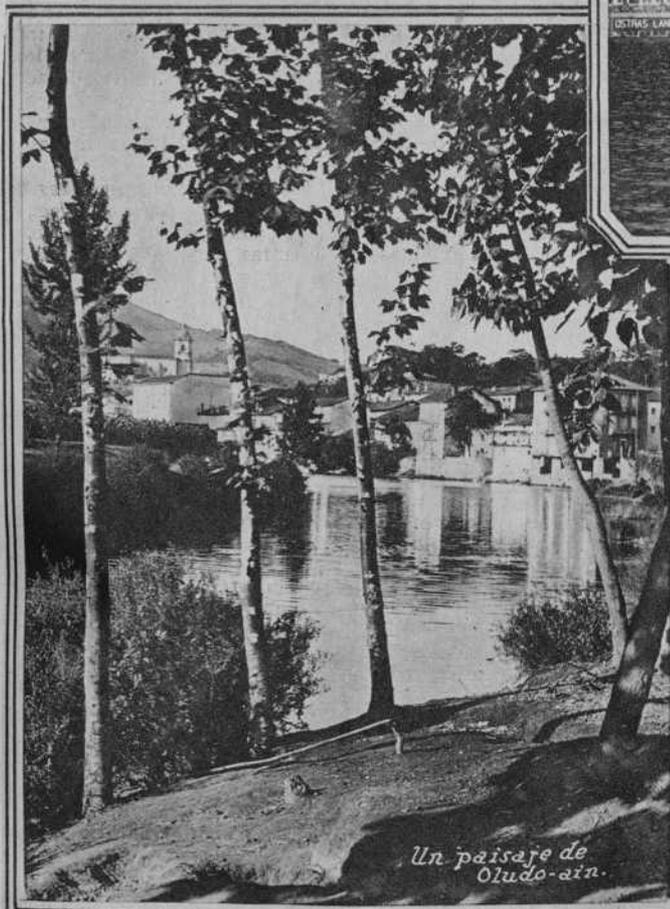
*Junto al Segre, que
fertiliza el llano,
alzase, altiva y ruda,
la antigua Balaguer,
que cobija el vene-
rable Santo Cristo,
al que acude devo-
ta, en romería, la co-
marca entera, como
a los otros Cristos
de la fe española.*

(Fots. Badosa y Casanas)

Las rias de Guipuzcoa.



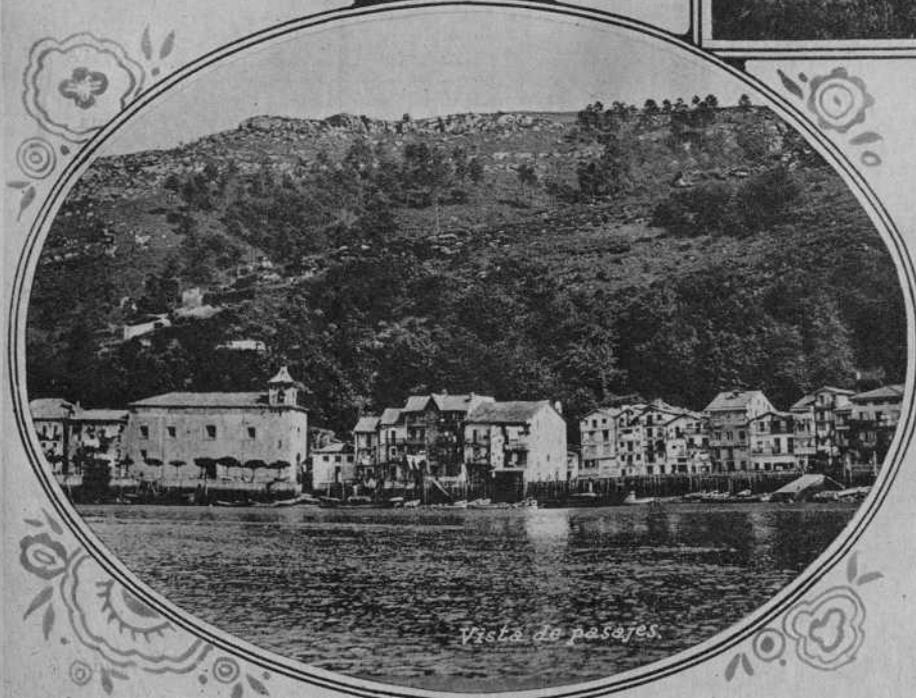
Un caserío junto
a las aguas.



Un paisaje de
Oludó-ain.



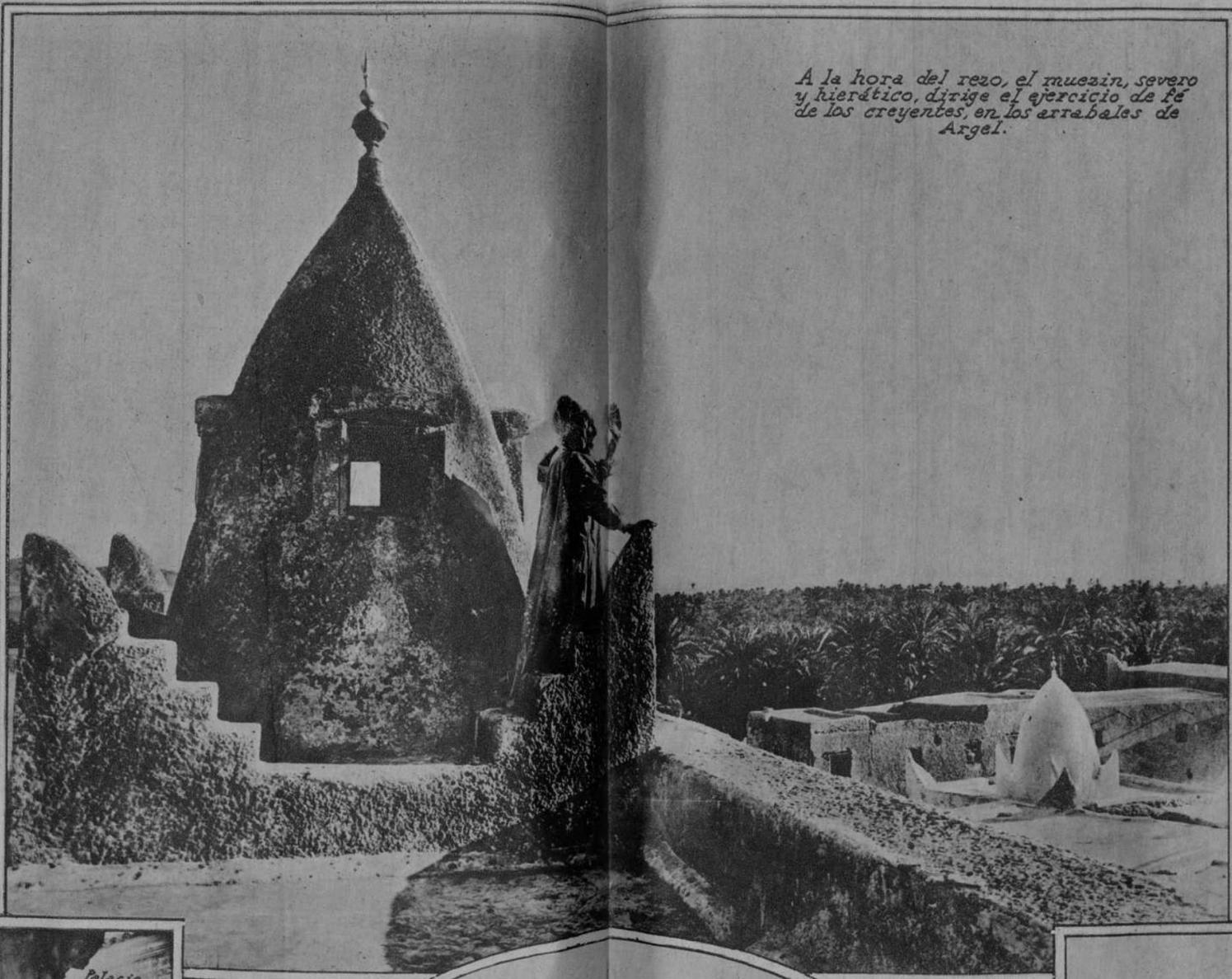
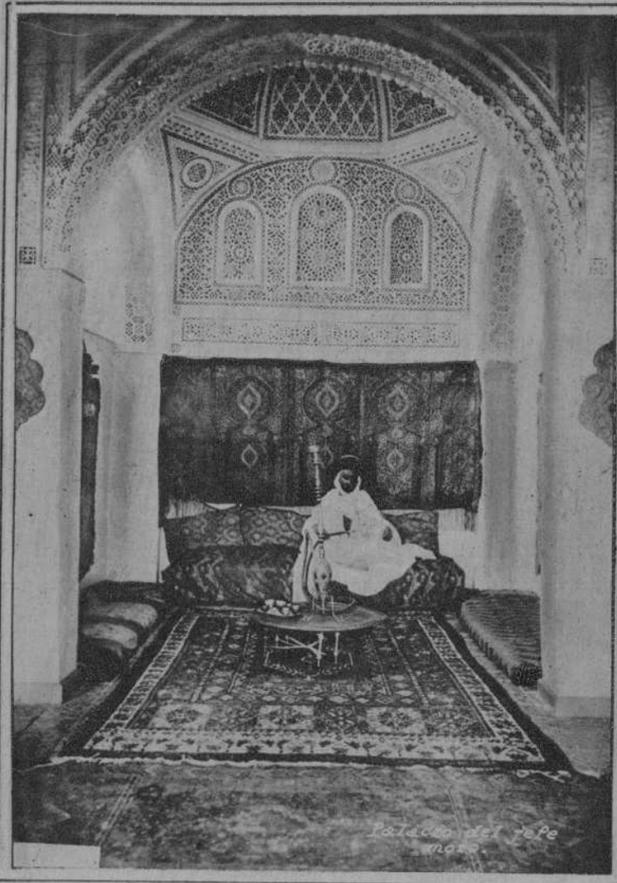
La ria de Tolosa.



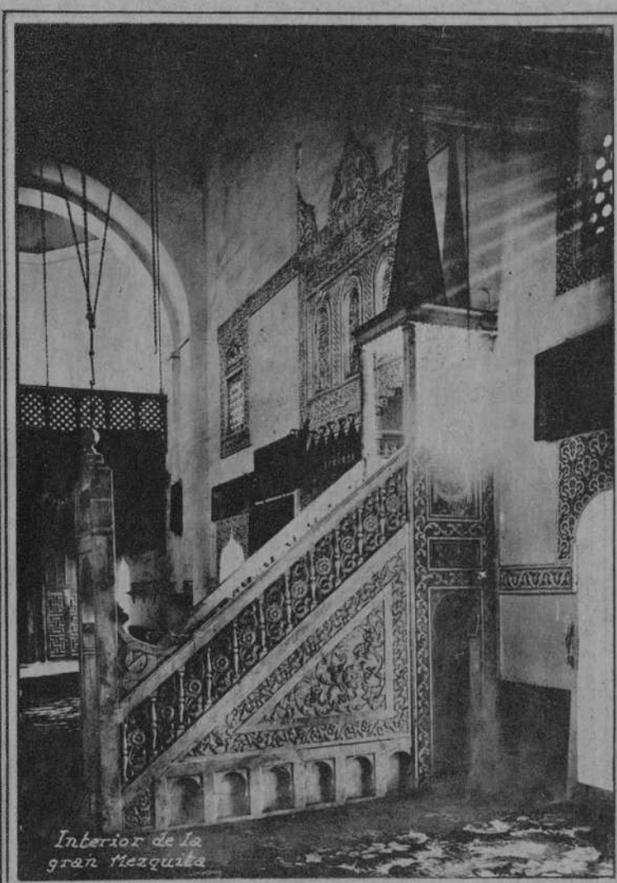
Vista de pasajes.

Llenas de luz y de vida,
bañando con sus aguas los
blancos caseríos, las rias
de Guipuzcoa constituyen
uno de los más sugestivos
paisajes del norte de España.

(Fots. Goitia).



A la hora del rezo, el muezzin, severo y hierático, dirige el ejercicio de fe de los creyentes, en los arrabales de Argel.



Interior de la gran Mezquita

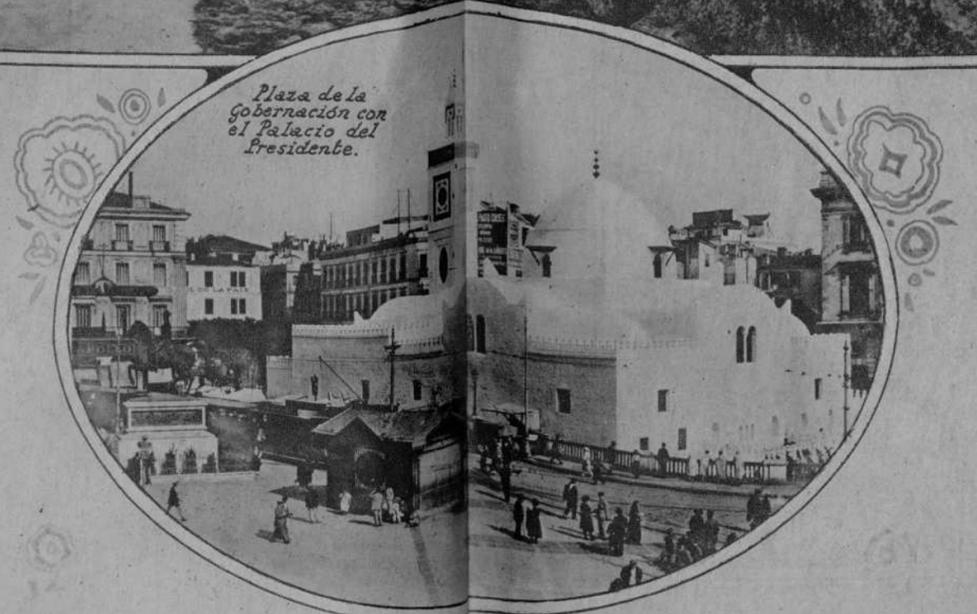
Argel, la española

Claro que no pretendemos reivindicar la ciudad de Argel, ni aun en nombre de un irredentismo platónico, pero bien podemos asignarle el calificativo de española, pensando en el romancero y en que allí Cervantes, sufrió cautiverio. Ahora, una novela francesa, "Bab-el-Oued" cuenta, en Francia, las historias de los españoles argelinos, encuadrados en el barrio español de Argel.

(Ilt. R. Prouho).



Palacio del secretario general.



Plaza de la Gobernación con el Palacio del Presidente.



El puerto.

Interior del "Centre Excursionista de Catalunya" entidad que celebró el 28 de Noviembre el 50 aniversario de su fundación.



(Fot. J. Farré)



Ruinas de la Torre Gironella.



La muralla.



Una puerta de la muralla.

Las murallas de Gerona.

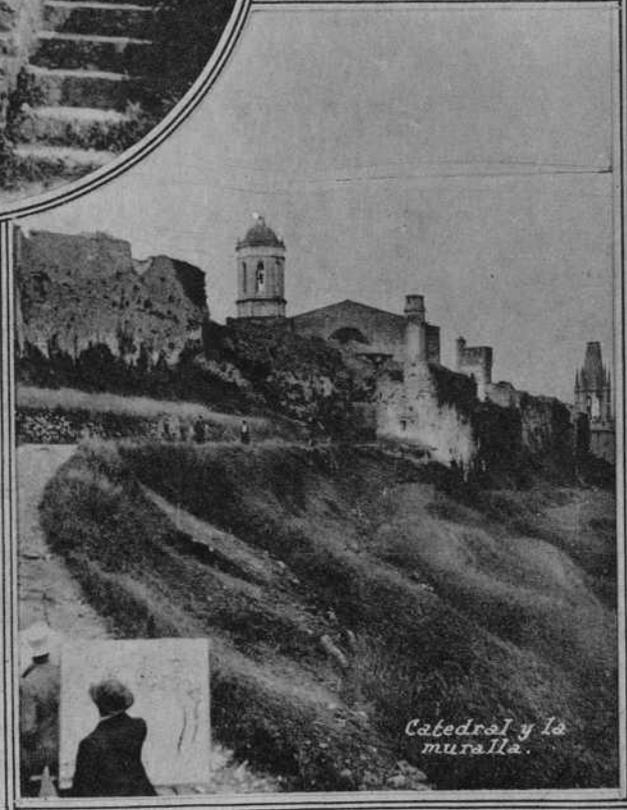


Balcon del General Alvarez.

Las escasas piedras de las viejas murallas de Gerona respetadas por el tiempo y por los hombres, constituyen un venerable recuerdo de las luchas heroicas contra el invasor. La ciudad ha salido de su recinto amurallado para incorporarse al mundo, mas aun hablan, aquellas piedras, del alma heroica de la ciudad.

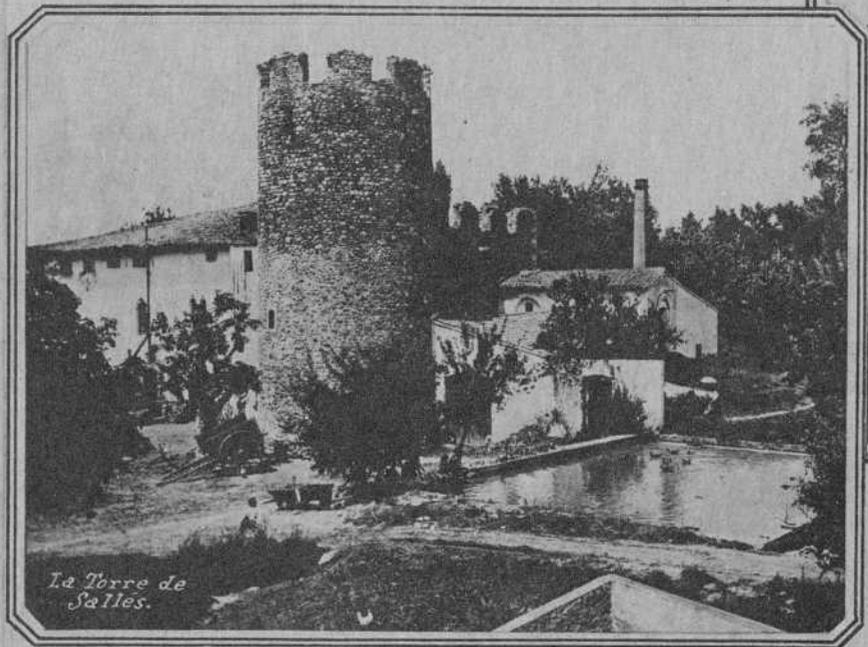


(Fots. Roca).

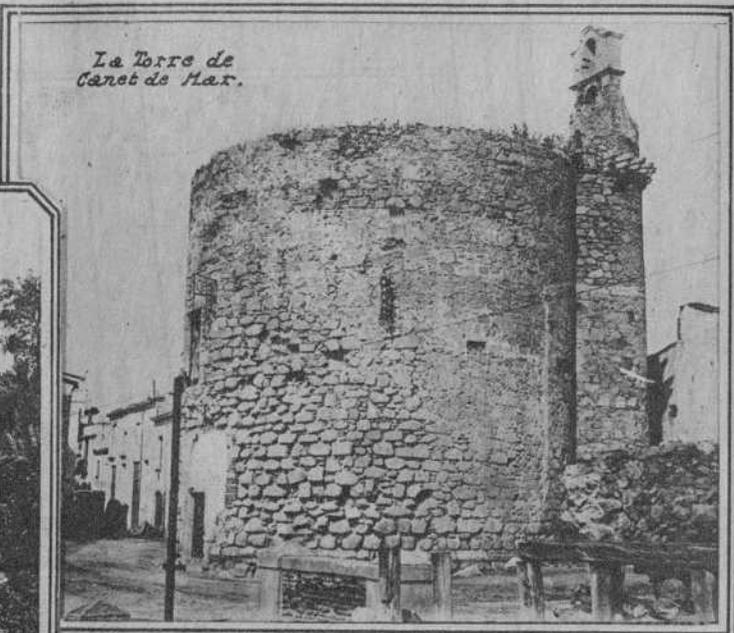


Catedral y la muralla.

Los "Castells de Guayta."



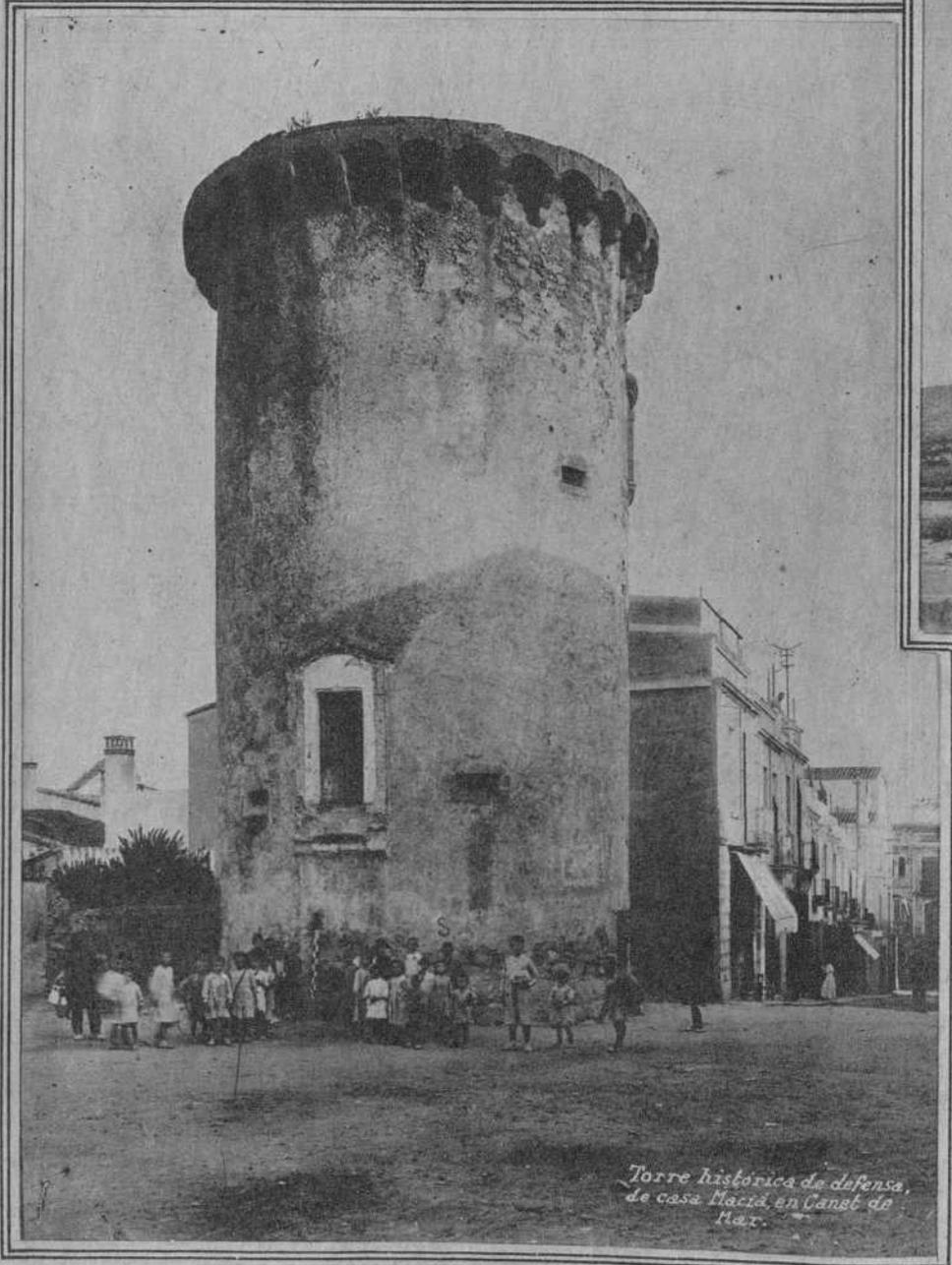
La Torre de Salles.



La Torre de Ganet de Mar.



Antigua Torre de San Juan, en Villanueva y Geltrú.



Torre histórica de defensa, de casa Macià, en Ganet de Mar.

Los "Castells de Guayta," ó atalayas, fueron levantados a lo largo de la costa catalana para, con las hogueras que se encendían en su plataforma avisar el peligro de los piratas africanos.



(Fots. Ignacio Fustero).

ALUCINACION

Por MANUEL CHAVES NOGALES

Cuando la conocí ya estaba hecha una pavesita. Era vieja, tan retevieja, que hasta la cuenta de los años había perdido. Vivía en uno de los cuartos del desván desde hacía quién sabe el tiempo y pudiera creerse que la vertiente del tejado pesando sobre su cabeza cana, había ido humillándola hasta clavarle la barbilla en el esternon y hacer que su espinazo se arquease, tenso ya y a punto de lanzar al espacio la flecha de su alma.

La mitad de sus días se le iba con el rosario entre las manos y sentada ante la angosta buhardilla, desde la que admiraba con sus ojuelos quietos y blanquecinos la inmensidad del mundo, la grandeza del Creador y el gracioso ir y venir de las nubes en las que a veces cabalgaba su fantasía, yéndose con ellas en dilatados viajes a regiones de ensueño, pobladas con loca profusión por los esmaltes y colores de su infancia, las tintas planas y aurirrojas de su juventud, las perlas de sus sartas de lágrimas y el oro viejo de la liturgia. Entonces era cuando se le iba el santo al cielo.

Un viejo bote de tomates, lleno de tierra negra y coronado de yerbabuena representaba ante ella el milagro de la vida inagotable y al otro lado de la ventana un jilguero cautivo le renovaba cada día el espectáculo del dolor.

Eran sus asideros a la realidad. Sin la yerbabuena y el pájaro, la vieja, arrebatada por las nubes, se hubiera perdido fácilmente en el espacio.

La otra mitad de la escasa vida que ya le restaba, se la llevaba la escalera.

Eran ciento y pico de escalones que ella al subir y al bajar repasaba cuidadosamente tanteándolos una vez y otra con el baluceo de sus piernas trabadas por el reuma que de tiempo en tiempo le obligaba a guardar unas grandes pausas ilustradas con hondos suspiros. Arrebujada en sus trapitos negros y recorriendo este calvario de la escalera, la vi por primera vez. Otras muchas veces la hallé después en el mismo sitio cobrando fuerzas en los descansillos o ganando penosamente los pedaños. Mi relación con ella no pasó de ahí.

Vivía con gran miseria de la menguada caridad de unos parientes remotos que no querían turbar su conciencia dejando que abiertamente se muriese de hambre. Jamás hablé con ella ni le mostré interés alguno. ¡Bah!—me dije—Una pobre vieja que espera a morirse del todo después de una vida humilde y vulgar.

Supe después que aquel invierno lo había pasado muy mal; mi mujer le envió algunos días un poco de calor para sus pobres huesos ateridos, unas medicinas, unos alimentos; no sé. Esto me valió cuando de nuevo la encontraba en la escalera, unas largas miradas de gratitud de las que ni siquiera supe descubrir entonces el significado.

Un día antes de que llegase la primavera, cuando ya la habían venteado los gorriones que anidaban en el alero, la vieja se sentó al caer la tarde ante el cuadro azul de su buhardilla y mirando embelesada al cielo satisfizo su aspiración de diluirse en él. Su cuerpo, ya sin vida, quedóse mirando con los ojos más abiertos que nunca aquella teoría de tejados y azoteas, que habían constituido para ella en los últimos años todo el es-

pectáculo del mundo. Ni la yerbabuena, ni el pájaro que seguían trabajando y sufriendo se enteraron de lo que había ocurrido.

Cuando se encontraron muerta a la vieja, vinieron a preguntarnos si queríamos hacer algo por ella, ya que éramos sus protectores. Advertí que este pomposo título nos había costado apenas el trabajo de alargarle unas cuantas cosas inservibles. Dispuse todo lo necesario para su enterramiento, hice decir unas misas por su alma y mandé recoger del desván sus trastos y cachivaches para conservarlos por si alguien aparecía reclamándolos. No vino nadie.

La buena vieja estaba más sola de lo que ella se creía. Todo su mundo había desaparecido en el transcurso de unos años y unos tras otros, habían ido hundiéndose en el polvo, los parientes, los amigos, los conocidos. Sin darse cuenta de la catástrofe que presenciaban sus ojos en aquellos últimos veinte años, vió cómo la muerte barría la fila de las personas amadas o simplemente conocidas. Hoy era un hermano, mañana aquel amigo, el otro día tal o cual grande hombre de su época. Había llegado el fin del mundo y sólo quedaba ella para llorarlos a todos y rezar por ellos, sola, trágicamente sola en un mundo nuevo, con cuyos habitantes no llegaría a entenderse.

Y no eran sólo las personas las que le abandonaban; eran también las cosas, todas las cosas de aquel viejo mundo tan amado las que se deshacían en polvo disueltas en aquella gran tragedia de su longevidad. Todo había desaparecido al transformarse, al encarnar en la carne de aquella nueva humanidad que desconocía la vieja. Las casas, las calles, los jardines, la ciudad entera, habían desaparecido, e inútilmente buscaba la longevas las antiguas sugerencias del mundo, los gratos lugares de su juventud, recorriendo torpemente las tradicionales sendas que a duras penas podía reconocer. Envuelta en sus tocas, asomábase alguna vez al mundo después de la gran catástrofe del tiempo y los grandes comercios, las calles amplias y rectas pobladas de monstruosos palacios, los cafés, las cervecerías, los trenes, la luz y el estruendo la hacían perder la pista de las viejas veredas urbanas por las que andaba como entre ruinas. Aquella gran ciudad enojada de luz, cubierta de mármoles y bronce, no era para la viejecita más que una ruina. La ruina de un mundo, el suyo, aquel para el que prematuramente había sonado la hora final.

Al morirse, murió con ella para siempre aquel mundo a que había pertenecido.

Ya nadie después de ella podrá evocarle con limpieza y netitud. La nueva humanidad creará que tiene apresada en sus museos y sus archivos el alma de aquellas ahora y hasta algunos sensatos pretenderán hacerla revivir artificialmente con sus evocaciones; pero la verdad es que aquello murió y jamás volverá a ser vivo. Esta convicción me hacía mirar los viejos trastos que pertenecieron a la vieja con el mismo respeto con que miro el hacha de sílex en los museos de Prehistoria.

Pronto la figurilla feble de la vieja fué borrándose de nuestra memoria.

La hubiésemos olvidado del todo a no ser por la presencia de aquellos cachivaches que

le pertenecieron y que conservamos aún a sabiendas de que nadie vendría a reclamarlos. Me parecía que malbaratar aquellos era como aventar las cenizas de la vieja, borrar el rastro que había dejado en el mundo. Es tan insignificante lo que queda de una vida!

La curiosidad de mi mujer profanó un día aquellos despojos, anduvo revolviendo en los apollillados cajones de una cómoda de la vieja que conservaba intactos los últimos hábitos de su existir, y, Eva siempre, me hizo tomar parte en aquella profanación.

—Ven, mira las cosas que tenía la vieja.

Toda una tarde estuvimos revolviendo en la piedad en aquellos cajones atestados de viejos vestidos de seda, galas convertidas en grones, ropa blanca de un blanco atesado por el tiempo, refajos remendados, pelelinas y cortinas de encaje cuyos tules finísimos se deshacían entre los dedos. Mi mujer se dedicó al expurgo de los trastos y yo me apoderé de un crucifijo de marfil, unos paquetes de cartas, documentos y daguerrotipos.

De entre todos los trastos que conservaba la vieja, únicamente se halló en buen uso un vestido de seda tornasada a la moda isabelina que debió satisfacer con el énfasis de sus encajes, la pompa de su corte amplio y el brillo de sus lentejelas la aspiración de fastuosidad de la pobre vieja, allá en el momento culminante de su existencia.

Se me antojó hacer un retrato a mi mujer, vestida con aquellas galas a las que por excepción no encontraba ese desconcertante sabor a disfraz que tienen todos los trajes de época. Le hice pues, ponerse aquel vestido y componer su peinado a tono con los figurines del período isabelino; requerí la paleta y los pinceles y me puse a pintar.

Trabajé con fervor intentando seguir la sugestión de aquel traje, ajusté mi técnica a la de aquella época gaminadora del impresionismo y creí hacer una buena obra de arte. No lo conseguí a pesar de mi obstinación y mi entusiasmo.

Lo que ha sido, no volverá a ser, y como no me satisfacía aquel pastiche que mi perseverancia fraguaba, empecé a desesperar.

En cambio mi mujer que había vestido aquel traje de difícil conformación, con cierta repugnancia, empezaba a saberlo llevar con gracia. Al principio le parecieron absurdas aquellas mangas quebradas, inoportable aquel acinturamiento y entorpecedora y fea, aquella cola redonda que envaraba sus movimientos. No en vano estaba habituada a las flojas y someras vestiduras de nuestros días.

Pero a poco de posar ante el lienzo y mientras yo luchaba inútilmente con líneas y colores, había ella conseguido humanizar el nuevo el traje muerto, se había identificado con él y sabía interpretarlo fielmente con el ademán, el gesto y la actitud.

Esto hizo que cada vez pintase menos y mirase más. Me convencí de la inutilidad de mi esfuerzo y tuve que contentarme con admirar la instintiva capacidad artística de mi mujer, muy superior a mi impotente capacidad profesional.

Un día de buen humor, hice que mi mujer vistiese el traje de seda de la vieja, no para posar ante el lienzo, sino para sentarnos a

la mesa. Comimos charlando de cosas indiferentes que más que nada eran pretextos para que mi mujer hiciese jugar las vetustas sedas que exhalaban suaves murmullos de gozo estremecidas por el contacto con la juventud de una mujer hermosa, grato contacto con el que seguramente habían soñado años y años arrugaditas en el fondo de su humilde sarcófago.

Mi mujer, identificada ya con el alma del vestido, estuvo deliciosa, y yo fui feliz por unas horas, y conocí entonces toda la sana alegría, el optimismo y el contento de estar vivo, que atesoran esos encantadores lienzos de los maestros holandeses titulados invariablemente «El pintor y su esposa».

Al final de la comida, hice destapar unas botellas de mistela y licor de rosa que había capturado en las profundidades de una antigua bodega. El inocente licor de rosa tiene, no obstante, su candorosa dulzonería una hipócrita malicia de niño travieso, que desataba las lenguas de nuestras abuelas y hacía brillar sus ojos en los saraos entre las celosías de las mantillas y los pericones.

II

Una hora después de haber cenado, mediada ya la botella de licor de rosa y cansados mi mujer y yo de nuestras incursiones por frívolos andurriales, fuimos tomando en nuestra charla el empaque de dos tipos auténticos de la época romántica en sus últimos años.

En cuanto a mí, no me sorprendía verme representando aquel papel tan fácil, tan hecho, tan visto en libros, museos, periódicos, archivos y escenarios. ¿Pero y mi mujer? Con la misma gracia, mitad dengosa, mitad desgarrada—entre el romanticismo y el naturalismo—de una dama de la corte isabelina evocaba ademanes y actitudes de la época que yo no recordaba haber descubierto jamás en los cuadros de aquel tiempo ni siquiera en los primeros daguerreotipos que ya hoy tienen la calidad artística y el valor expresivo de una visión personal. Puedo decir que en sus maneras, lenguaje e inflexiones de voz, revivía exactamente el espíritu del romanticismo en sus postrimerías. Fué en aquella ocasión cuando aprendí de una vez y para siempre el tono romántico que desespera a mis émulos y desconcierta a mis críticos imposibilitados para contrastarlo.

Debo advertir que mi mujer es adorablemente inculta; no tiene la menor idea de nada. Es de una blanda humanidad en la que yo con mis pulgares he impreso algunas huellas y en todo momento me reconozco a mí mismo allí donde mi mujer se acusa. Pero en aquella ocasión empecé a sentirla extraña y terminé reconociéndola reveladora.

III

Imaginad el desdichado papel que uno de nuestros cómicos actuales, caracterizado a la usanza del año sesenta representaría con su desentono, sus anacronismos y su incompreensión en una auténtica tertulia de por aquellas fechas.

Esta era exactamente mi situación respecto a mi mujer aquella noche. Milagrosamente aparecía ella como un tan fiel trasunto de la juventud de su abuela, que en cada palabra, en cada gesto, se desviaba medio siglo de mí, mostrando lo artificioso y falso de mi incompleta reconstrucción espiritual de la época. Por primera vez mi mujer, era distinta de ella misma y de mí. No nos entendíamos. El espíritu de alguien—el de la vieja del desván acaso—se había metido de por medio.

Al principio hice inauditos esfuerzos por ponerme a tono. Evidenciaba, sin embargo, a cada momento la naturaleza histriónica de aquella resurrección mientras mi mujer seguía jugando con maravillosa soltura aquel vestido de seda tornasol de tan gozoso modo que yo sospeché que el cuerpo juvenil de mi esposa había estado pensando hasta ha-

llar su propio y natural complemento en aquel hábito.

Y así sugestionado procuré seguir la farsa.

IV

No tardó ésta en hacérsenos imperceptible. Nos creíamos que habíamos vuelto a nuestra sinceridad, nos olvidamos de la máscara y ya sin precauciones, seguimos charlando a placer, arrellenados en un diván que arrastré cerca de la chimenea. Dejé el comedor a media luz y allí, enlazando por la cintura a mi mujer, me dejé llevar por el encanto de aquella confortable y sugeridora ocasión.

Permanecimos algún tiempo en silencio. Mi mujer alargaba sus piecitos hasta la chimenea y parecía obsesionada por el lengüeteo de las llamas. Su cara iluminada por el fuego, parecía la cara de esas muñecas de cera, furiosamente carmeínas y por un momento temí se derritiera al calor de la lumbre. Su ensimismamiento era más hondo cada vez. Para contestar a mis preguntas parecía hacer un largo viaje a través de unas remotas regiones en las que le sorprendían mis llamadas. Eludía mis interpelaciones con un monosílabo y volvía a irse. ¿A dónde? Yo no lo sabía y empezaba a sentirme molesto. Le costaba un gran trabajo atenderme. Hacía visibles esfuerzos para volver conmigo, pero creo que contra su voluntad, se escapaba fatalmente hacia sus paisajes ideales por más que yo la retenía, la acosaba a preguntas y la estrechaba entre mis brazos.

Esta insistencia mía, empezó a causarme molestia. Cada vez contestaba de peor gana a mis requerimientos. Llegué a serle insufrible. Me contestó al fin violentamente y se separó de mí colocándose al otro extremo del diván con la cara entre las palmas de las manos y las pupilas fijas en el fuego.

Me levanté airado ante aquella inexplicable actitud y comencé a medir la habitación con largos y fuertes pasos. Inicié entonces el monólogo de las recriminaciones. Debo declarar que al principio fui un poco farsante. Es más; me agradaba aquella actitud desafiante de mi mujer. Y como me gustaba escena que estábamos representando, extraje cuidadosamente de la realidad todas las raíces de los minúsculos hechos cotidianos que podían hacer que floreciese en mis labios un reproche. Estaba muy contento de mi inventiva. Mis quejas sonaban bien. Reprué a mi mujer su falta de cariño, su desdén por mis preocupaciones, su incompreensión para mis inquietudes espirituales. Aquel monólogo tenía emoción y fui subiendo de tono con cautela al principio, con desapoderado entusiasmo, después.

Ella, a medida que crecía el énfasis de mis acusaciones mostrábase más ceñuda. Estaba a tono también. Mantenía su mutismo con gran entereza, una lamita roja ardía en sus pupilas, y sus labios, plastados el uno contra el otro, eran como un signo de dolor. Yo, que la miraba de reojo mientras recitaba mi monólogo, me desconcerté un poco. Hice una transición y ya sinceramente y, a lo que creí, sin farsa, la interrogué:

—¿Pero qué es lo que ha pasado entre nosotros, mujer? ¿Por qué estás así? ¿Te han dolido mis reproches? Ea, dejémonos de farsas. Mis quejas no han sido sinceras. Son ganas de jugar a sufrir. A veces, esta naturaleza nuestra, tan adicta al dolor, se irrita cuando no lo siente cerca y ¡ya ves que tontería! lo finje. ¿No te ha pasado igual algunas veces, mujer? El dolor es tan consustancial a nuestra vida, que cuando no aparece en nosotros, tenemos que inventarlo. ¿No has sentido nunca el deseo de padecer y por padecer has inventado tú misma un sufrimiento? Pues así; han sido mis quejas para contigo. Dolor imaginario. Ganas de sufrir que tiene esta carne viciada de que estamos hechos. ¿Qué tengo yo que reprocharte?

No respondió mi mujer a estas sensatas y sinceras palabras. Seguía impenetrable, extraña. Sus ojos continuaban fijos en un punto ideal y su boca contraída hacia una mueca de enojo tan exacta que me exasperé

y cogiéndola por un brazo la sacudí con fuerza:

—Mírame.

No me contestó tampoco. Furioso por aquella estúpida terquedad, estuve a punto de golpearla. Pero sentí la carne de su brazo tan blanda bajo la presión de mis dedos atezcadores que la solté temiendo desgarrarla. Volví a mis razonamientos. Jamás he sido tan sensato, tan paciente. Y eso que una furia infernal ibame tomando por dentro, encendiéndome la sangre en las venas y cegando los veneros de mi razón.

Conteniendo mi ira me propuse forzar su dureza y llegar hasta el fondo de su alma con suaves palabras. Ya entonces no discursaba. Me preguntaba qué había ocurrido entre mi mujer y yo para que de improviso nos sintiéramos extraños, desconocidos, remotos, ¿qué era lo que se había interpuesto? ¿qué obstáculo me había cortado el camino de su corazón, ancha vía siempre abierta a mi deseo? Suavemente fui envolviendo a mi mujer en mis blandas caricias. Era indudable que había sumido una especie de letargo espiritual y había que hacerla reaccionar. Extremé mi amoroso afán y entonces sonaba ya mi voz con aquel mismo tono mayor de las declaraciones románticas. Era absolutamente sincero, sin embargo.

Me deslicé a los pies de mi mujer abrazado a sus rodillas, hice desgarradoras invocaciones a su alma conjurándola para que abandonase sus lejanías y volviese a mí. Este tono mayor debió ser más eficaz porque advertí en mi mujer algunos indicios de una honda lucha y creyendo llegado el instante de romper el encantamiento le sujeté la cabeza con las manos y alzándola le pedí:

—Mírame.

Lentamente, como obra de un sobrehumano esfuerzo, fué alzando hasta mí el rostro; pero cuando sus ojos dieron con los míos, no pudieron resistir mi mirada y los vi fundirse en lágrimas y cerrarse vencidos. Cayó sobre el pecho la cabeza, con un furioso ademán me rechazaron sus brazos, y allí se fue sollozando avergonzada al más sombrío rincón de la estancia donde, con la cara escondida bajo el brazo estuvo llorando sin consuelo, tomada de una congoja tal que parecía haber caído sobre ella todo el dolor del mundo.

V

Fué tal el desconcierto que me produjo aquella actitud de mi mujer que tardé algún tiempo en reaccionar. Menos aún que su enojo me explicaba su dolor. ¿Qué pasaba en el alma de mi mujer? Me esforcé en dar una interpretación racional a tales estados de alma y a poco que medité creí haber descubierto el sentido de aquel desdén primero y aquellas lágrimas que le habían seguido. Es indudable—pensé—que mi mujer se declara culpable. ¿Culpable? ¿De qué? ¿Adulterio? Empecé rechazando la hipótesis por absurda. Habitado a una absoluta sumisión de mi mujer, no concebía que su alma, modelada a mi imagen y semejanza, se volviese contra mí. Cierta que nunca le presté una extraordinaria atención; pero no era menos cierto que ella no la requería. A veces estaba días y días sin dedicar una hora a mi esposa, pero yo sabía a ciencia cierta que una frase, un gesto mío, bastaban para cubrir sus necesidades espirituales durante una semana. Tenía un alma pequeña a cuya subsistencia acudía yo con largueza. Mi mujer no necesitaba más.

Reconocer por otra parte la posibilidad de un adulterio de naturaleza puramente física me parecía más absurdo aún, y apenas formulé la suposición.

Pero allí estaba, sin embargo, mi mujer llorando, con tan claro llanto de culpable, con la cara escondida y rehuyendo mi contacto con tal repugnancia, que la hipótesis iba tomando cuerpo y perfilándose al fin netamente como síntesis de la dolorosa escena. Quise rechazar el supuesto, pero ya no podía. ¿No era así, con aquellas mismas actitudes e idéntico ademán como todas las heroínas del mundo se han declarado culpables?

Menos trabajo me costaba aceptar la idea de la culpabilidad de mi mujer que explicármela. Esto se hallaba fuera de toda previsión y toda lógica. Pero estaba tan «terminada» la escena que acabamos de representar, tenía tanta plasticidad aquella táctica confesión que tuve que rendirme a la evidencia. Mi habitual sensatez, mi cerebralismo, si se quiere, me hacían rechazar de plano el supuesto, pero son tantos los hombres sensatos que han hablado de lo ilógico y absurdo de la mujer en sus relaciones eróticas, se ha dicho tantas veces que las mujeres son arcanos insondables y que el amor no resiste las disciplinas de la razón, que abdiqué de mis convicciones y ya en el vacío, una vez otorgada personalidad al absurdo, me convencí de que mi mujer podía muy bien haberme estado engañando a mansalva.

La amargura que este reconocimiento me trajo, no fué tanta por el dolor de sentirme engañado como por el desencanto de ver fallidas todas mis previsiones. Era un fracaso moral tan grande que a su lado se empujaba la molestia física de sentirse «cocú».

Al rato de estar rumiando pacientemente este dolor, me revolví airado contra mí. ¿Qué hombrezuelo miserable era yo que así me entretenía en desmenuzarme mi desdicha? ¿Había que dejarse de disquisiciones. Ya ves—me decía—a lo que te han traído tus especulaciones psicológicas. Mientras tú creías jugar con el corazón de tu mujer como un dioszeuelo, ese corazón navegaba por el mundo a la deriva a merced de las olas y de los pescadores. Sacude tu estúpido intelectualismo, olvida tus proposiciones y tus razonamientos, alza los brazos y la voz, grita, patatea, ruge, se hombre alguna vez. ¿Crees que ser hombre es encadenar tus sensaciones y tus movimientos a ese eterno y silencioso devanar de tu conciencia? ¡A vivir majadero! Grita, lucha. ¿No ves claramente que tu mujer se divierte con algún despreocupado mientras tú estás rumiando tus meditaciones?

VI

Sentí el acicate en los ijares y me alcé magnífico yendo con mesurados pasos hacia el rincón donde mi mujer yacía entregada a sus lloros. Iba amasando mis insultos disponiéndome a echarle las garras al cuello y convenciéndome de que mi honor (mi honor, mi honor, cómo me retumbaba la palabreja allá dentro) exigía una cuenta satisfacción. Pero al mismo tiempo había en mí otro yo, cándido y simple, que procuraba asirse a la realidad, diciéndose que todo era una fantasía que no había tal adulterio y que pasadas unas horas, aquella lucubración dolorosa se desvanecería. Y aún había dentro de mí un tercer personaje, diablillo maligno que asistía como espectador a la tragedia o sainete que se preparaba frotándose las manos de contento mientras repasaba el programa de la función.

Cuando sintió que me acercaba, mi mujer se alzó con presteza, secó sus ojos con sobrio ademán y me conmino:

—No te acerques a mí.

—Como quieras. Cerca o lejos hemos de hablar—le respondí.

—No hablemos más, no me atormentes ni exijas de mí una explicación que no sabría darte.

—¿Eres de verdad culpable?

Un prolongado silencio y una leve inclinación de la cabeza cuyos ojos se cerraron me dieron la respuesta. Aquella certeza de mí mal acabó con todos mis distingos. Ya no había en mí más que aquel extraño ser que quería acusar su hombría, su animalidad. Era un tipejo bárbaro, con los ojos encendidos de furor, los labios gruesos, el pecho cubierto de bello y las piernas musculosas y torcidas que se agazapaban dentro de mí, dispuesto a saltar sobre su presa. Le tiré de la cadena y seguí interrogando a mi mujer.

—¿Por qué me has abandonado?

—No me preguntes nada. No sé.

—¿Cómo has podido mentir un día y otro? ¿Es posible que no te haya traicionado tu alma?

—No sé, no sé.

—¿Cómo has podido aceptarme sin repugnancia siendo culpable? ¿No has sentido siquiera el deseo de librarte de mí. Si no me amabas, si querías a otro ¿por qué no decírmelo?

—Ahora te lo he dicho.

—Ahora es tarde para eso. Me has ofendido sin necesidad. Tú sabes que yo te hubiera dejado seguir libremente tu deseo. Sólo quisiste agraviarme. Nada sé de tu culpa, pero adivino que se trata de un bajo apetito de bestezuela. No amas a ningún otro hombre. Si estuvieses verdaderamente enamorada de tu amante ¿le hubieras hecho pasar por la abyección de compartirme entre él y yo? No; no digas que le quieres.

—Le quiero; por quererle con toda mi alma soy culpable. Tuya soy, te pertenezco y puedes vengarme en mí; pega, insulta, mata, que por el amor de ese hombre he de sufrirlo todo.

—Mientes. No le quieres; dime que no le quieres; ningún daño te haré; pero no me digas que le amas. Dime que existe con él porque sí, que caíste con él y con otro y con otro. Pero no mientas, no invuques el amor para tapar tus liviandades.

A mi pesar, el tono exaltado que empleaba mi mujer, íbame arrastrando. Las palabras, las inusitadas y retumbantes palabras de los melodramas que salían de mis labios, llegaron a sugestionarme. El hombrezuelo bárbaro saltaba y el diablillo no recataba su contento.

—Puedes injuriarme cuanto quieras—repuso con voz sombría mi mujer;—pero no me harás renegar de este cariño a un hombre por quien lo he sacrificado todo. Le amo más que a mi propia vida. No me hagas repetirlo.

—Mientes ahora como antes. Quieres a ese hombre como a mí; te burlarás de él como a mí me has burlado. Yo te daré libertad. Te irás con él y cuando más confiado esté en tu cariño, iré yo, iré otro y con flores, con golosinas o dinero ¿con dinero mejor, verdad? te haremos mentir de nuevo ¡Pobre hombre si cree en ti, pobre!

—Basta, basta.

—¿Crees que no lo sé? Tú te vendes a poco precio y hay muchos compradores para golosina tan deseada como tú. ¿Qué? ¿Cuándo le serás infiel? ¿Por qué no le engañas ya? ¿A qué esperas? ¿Y por qué no ahora? ¿Y con quién mejor que conmigo?

Me acerqué a ella suavemente. En mis labios había una sonrisa que debió parecerle feroz porque apartó los ojos de mí horrorizada y con una entereza dramática que no pude prever cogió uno de los largos y terribles agujones de su peinado y asestando exactamente al lado del corazón, me dijo:

—Si te acercas, me mato.

Vacílo un momento; pronto me repuse, sin embargo. Vi claramente el ridículo de aquella actitud, me pareció todo aquello tan inusitado, tan absurdo y grotesco, que me eché a reír con una carcajada tan honda que no creo fuese yo quien la lanzara; más me inclino a creer que fuese cosa del diablillo que seguía muy complacido presenciando la escena desde la última butaca de mi conciencia.

Cautelosamente me acerqué a mi mujer y de improviso con un rápido ademán le sujeté la mano, torcí el blanco brazo y arranqué de entre los dedos el agujón que aspiraba a honores de arma morifera. No resistió ella más y volvió a echarse de bruceos en el diván llorando sin consuelo.

—Vete, vete—me decía.

—¿Tanto le quieres?—le pregunté. Es raro; dicen que el amor no puede estar oculto y yo no nunca te he notado ese desafortado amor.

—Vete, vete—repetía acongojada.

—Me iré—le dije; no volverás a verme; tuya será esta casa, tuyo cuanto tengo. No oírás de mis labios ni un reproche. Pero pruébame que es cierto ese amor, demuéstrame que tu traición ha tenido por causa una

noche apatencia y me iré. Te dejaré ser feliz si me convences de que mereces serlo. No me digas que amas a ese hombre; pruébame lo ¿Callas?

Se levantó furiosa.

—¿Quieres saber cómo le amo?

—Sí.

—Espera.

Salió un momento; la sentí revolviendo en su secreter y a poco volvió con un paquete de cartas que sin mirarme arrojó sobre la mesa.

—Ahí tienes—dijo—el rastro de mi amor.

Se volvió hacia la chimenea. Cubrió sus desnudos hombros con un chal de cachemira y allí, de espaldas a mí, se quedó quieta y silenciosa.

VII

Recogí aquel paquete de cartas que me atrevería a decir que me quemaba las manos, sino fuese porque aún había un resto de sensatez en mí que me hacía ver todo lo que estaba ocurriendo con un desapasionado interés capaz de resistir las fuertes sugestiones de la escena.

Dejando a mi mujer frente a los leños encendidos, me fui a mi estudio. Encendí allí una lamparita eléctrica que había sobre la mesa y su luz cayó sobre el paquete de cartas. Lo más de la vasta pieza quedó en sombras poblado por los mil y un espectros de mis preocupaciones artísticas. Desaté la cinta que unía aquellas cartas y empecé a repasarlas emocionado.

Había triunfado en mí el diablillo espectador sobreponiéndose a todos los otros yo que pugnaban por salirme a la superficie. El diablillo les hizo callar a todos golpeándoles con sus vejigas, mientras yo me arrellanaba en el sillón y me disponía a leer aquellas cartas del amante de mi mujer un un poco complacido ¡Qué diablo! ¡No tengo más remedio que confesarlo!

Esperaba hallar uno de esos estúpidos epistolarios amorosos que sirven de burdo disfraz al apetito sexual y me regodeaba pensando que mi espíritu crítico iba a desnudar a mi rival dejándolo a la intemperie.

Leí la primera carta. Si no hubiese seguido leyendo, todo se habría evitado. Era una carta tan desconcertante, tan extraña, tan anacrónica, que parecía mentira hubiese sido escrita por uno de esos hombres que andan por la calle, suben a los taxis, presencian los partidos de fútbol y se adueñan de las mujercitas inconsistentes de esos otros hombres distraídos que asisten a los congresos científicos y las Exposiciones artísticas. ¿Cómo no ví el anacronismo de aquellas cartas? No sé; esperaba hallar algo tan distinto, fué tan grande mi sorpresa, que como por encanto perdí pie y me lancé al absurdo. Únicamente así me explico cómo pude dar crédito y realidad a lo que leía.

Hallé en aquellas cartas tal énfasis, tal engolamiento, una tan retórica versión del sentimiento amoroso, una tan plástica concepción de las pasiones que, por encima de todo principio, me arrastró el dramatismo que rezumaban y, ya abierto y vulnerable, sucumbí fácilmente a la emoción de que estaban impregnados los ayes lastimeros, el rendido enamoramiento, el desesperanzado afán y el furioso deseo de aquel desconocido amor, que tan alto rango poético daba a su inclinación por mi mujer.

Me dejé llevar. Leyendo aquellas cartas obtuve la misma satisfacción que me proporcionaría el mejor poema romántico. Olvidé por completo la realidad, me desprendí de mi propia vida y durante una hora no alenté más que en pos de aquella avasalladora pasión. Admiraba la resistencia de la heroína—mi mujer—que se adivinaba a través de las apremiantes súplicas del enamorado doncel, y medía el alcance de su dolor fluctuante entre el deber inexorable y el deseo invencible. A medida que las cartas iban pasando, veía cómo su voluntad se quebrantaba a los certeros golpes de aquel inflamado amor que con tan altas y vibrantes palabras se ofrecía, y llegó a parecerme excesiva su esquizofrenia, fría su condición y empedernido su pecho.

Únicamente, cuando en las cartas se hablaba de él, del otro—el otro era yo—recobraba el sentido de la realidad, dejaba a un lado la emoción retórica y examinaba fríamente la situación; pero aún entonces lo hacía como el actor principal de una comedia que atiende cuidadoso al desempeño del papel que se le fía. A poco que seguía leyendo, volvía a dominarme la grandilocuencia del amante y ya no sentía más que el interés novelesco de aquella pieza retórica que tenía entre las manos.

En el orden cronológico de las cartas, había alguna. Aunque no estaban fechadas, se adivinaba que el epistolario se hallaba dividido por un lapso de tiempo en que los amantes debieron verse y hablarse a diario.

Había sido un verano durante el cual, el esposo—tenía que hacer un gran esfuerzo para recordar que el esposo era yo—había estado ausente. Dejé las cartas sobre la mesa y calculé. Aquella laguna correspondía a los meses del verano anterior que yo dediqué a viajar por Italia. Esto me hizo identificar ya exactamente aquella novela epistolar con mi propia vida, el adulterio de mi mujer y la infelicidad que tan inocente y desprevenido me cogía.

Se me llenó el alma de amargura. Seguí leyendo. Aquellas cartas eran ya las cartas del amante que ha triunfado. Durante mi ausencia, mi mujer había sucumbido. El amante que había probado las mieles de la convivencia con el objeto de su amor, no se resignaba a la separación que mi regreso había impuesto y, un poco tirano ya, obligaba a mi mujer a dedicarse por entero. Menudeaban las furtivas citas. La espoleaba para que me abandonase. Ella deb'a resistir heroicamente aquellas sugerencias y él, desesperado a veces, clamaba al cielo y a la tierra por su amada cautiva en el argel de mi hogar, mezquina y sombría cárcel para el amor que uno y otro se tenían.

¡Qué tristeza más grande la de ver mi casa, tan clara, tan confortable y reidora, convertida en dura cárcel de un amor castigado! ¡Qué infeliz papel el mío, trocado de amante esposo, en brutal cancerbero, guarda roñoso de un tesoro vivo, anhelante por sortear a cuerpo limpio las acechanzas del mundo, el demonio y la carne!

Las últimas cartas eran cada vez más apremiantes. Loco de amor, de celos y de rabia, el amante de mi mujer le obligaba a abandonarme, esgrimiendo contra ella terribles amenazas. La última carta fijaba un plazo improrrogable mañana...

Miré a la ventana. Pronto estaría alborando.

VIII

Sentí un desconsuelo imponderable. El frío del contorcio se me había metido en los huesos. Tosí, y aquella tos seca de fumador impenitente me hizo sentir cómo estaba desgarrado por dentro. Advertí por primera vez todo el asco y la podredumbre de una muela que nos ha roído la carie; todo el frío de las canas que se acusan como alfileres en los parietales entre la negrura del cabello fuerte aún. Me molestaban los omoplatos; mis piernas habían adelgazado y la barba, crecida en unas horas, se me antojó la excrecencia de mi sangre que se fosilizaba allá dentro. Volví los ojos a mi interior y me encontré reseco, extinto. Bajo la bóveda craneana, un gusanillo tragón rebañaba lo poco que de mi sustancia quedaba ya.

Me levanté con la premiosidad de un mecanismo desarticulado. Alcé el brazo hacia una de las panoplias que decoraban mi estudio y engarcé una pesada pistola de desafío. Metí el ojo por la boca del cañón ¿Cómo se cargaban estas pistolas?—pensé. ¡Ah, sí! Se cargaban por la boca. Saqué de un armario la carga. Esto es; el fulminante, la pólvora, la bala... Ahora hay que atascarla bien con la baqueta. Hay que ajustarla bien; luego fallan y se hace el ridículo. Ea, ya está. Ahora...

Abrí la ventana, y el jardín se escondió más aún en la sombra y se quedó muy calladito esperando en qué pararía aquello. ¡Cómo va a retumbar la detonación!—pensé.

Volví a sentarme a la mesa con la pistola en la mano ¿Qué falta? Nada, nada. Me sonreí. Había pensado en un espejo. ¡Qué tonterías se le ocurren a uno! Es muy difícil a veces sotener la serenidad por muy discreto que se sea.

Alcé la pistola hasta la sien...

IX

—¿Qué vas a hacer?

Mi mujer asomaba entre las cortinas su cara de cera, los planchados y brillantes bandós de su tocado y un brazo envuelto en seda tornasolada.

—Nada—contesté; hacía un simulacro de suicidio. Esto es siempre grato no llegando hasta el final.

Y guardé la pistola impasible en uno de los cajones de la mesa.

—¿No pensabas realmente en matarte?

—No. ¿Por qué he de pensarlo?

Me hizo mucha gracia la cara de espanto

y desconcierto que tenía mi mujer. Por un momento pensé a seguidas que todo aquello había sido una farsa y que debía terminar ya.

Bueno; dejémoslos de tonterías. Es muy tarde; vamos a acostarnos—le dije con la mayor naturalidad a tiempo que acudí a enlazarla por la cintura. Fue la última vez que toqué la realidad con la punta del pie. Mi mujer vaciló un momento pero después me rechazó con asco.

—¿Olvidas que no soy tuya, que perteneces a otro hombre?

—¡Otra vez el obstáculo! ¡Qué pesadez! Era como cuando se hace un nudo en los cordones del zapato. Y como cuando esto ocurre, me puse furioso. Habrá que cortar ese nudo—me decía.

Y lo corté.

X

No recuerdo exactamente las palabras que precedieron al suceso. Sé que mi mujer me repitió muchas veces que no podía ser mía, que me odiaba. Yo apuré hasta el último instante mi paciencia. Cuando ésta se acabó, cogí un puñalito que me servía de cortapapeles y con él corté el nudo de mi zapato en la garganta de mi mujer, que de allí a poco se extinguió, repitiendo dulcemente el nombre de su amante.

XI

Todo esto, es cierto, rigurosamente cierto. Yo maté a mi mujer una noche en que me confesó que tenía un amante al que quería más que a su propia vida.

Lo triste es que aquel amante no existió nunca y que aún en el caso de haber existido, yo no hubiese matado por ello a mi mujer. Mis convicciones mis sentimientos, todo, hasta el instinto mío me lo vedaban. Pero lo cierto es que cometí aquel bárbaro crimen.

Y que jamás creí ni creo pudiera cometerlo.

Y que ni siquiera hubo tal adulterio.

XII

—¿Y las cartas acusadoras?—me preguntará alguno.

¡Bah! eran las cartas que conservaba la vieja del desván; la vieja que prestó su vestido y su espíritu a mi mujer aquella noche. En cuanto fué de día lo ví claramente.

—¿Qué por qué se dejó matar ella? ¿Qué por qué fué dócil hasta el último instante de su vida a la estúpida alucinación de creerse adúltera?

¡Ah! ¿qué sé yo?

FIGURAS Y FIGURONES

Los divertidos señores serios

Por SANTIAGO ESPINEL

Si ya sé que estoy equivocado. Comprendo perfectamente que las conveniencias sociales me impiden exteriorizar ciertas convicciones. Pero... ¡qué se le va a hacer!... yo tengo que decirlo, pase lo que pase. No puedo callarme por más tiempo. Me veo obligado a confesar que lo más divertido del espectáculo del mundo es, a mi juicio, el hombre serio.

Conste que soy un entusiasta del circo. Ante los payasos me echo a reír como un chiquillo. El tonto, sobre todo, excita mi hilaridad con su sola presencia. Aunque se esté callado como un muerto. Y, claro, en estas circunstancias, no es de extrañar que los señores serios se me aparezcan como los tontos del gran circo de la vida.

Donde más me gusta encontrármelos es por la calle. Entre otras razones por como, al verlos, puedo reírme a mis anchas sin que los interesados adviertan que el motivo de mi risa sea su imponente seriedad. En cambio resulta muy comprometido tener que encararse con el señor serio cuando no hay más que una mesa escritorio de por medio. Y no digamos si me veo obligado a estrecharle la mano.

A mí me basta, para pasatiempo callejero, un desfile de señores serios. No es el hábito el que hace al señor serio. Es la cara. Es su divertidísima cara de pocos amigos. Son sus ademanes, también. Ademanes lentos, reposados, ceremoniosos, graves y solemnes.

Claro que si el señor serio se muestra a mí contemplación con chaquet y sombrero de media copa, me resulta más divertido aún. Ambas prendas le sientan admirablemente. Tampoco le va del todo mal una sortija con solitario en el meñique. Una corbata de raso, dornada con una herardura o una lira de brillantes, le completa. Una pesada leontina de oro macizo, con un dije colgante, ya colma mis anhelos de espectador. Y si lleva bastón con puño de plata, confieso que en un concurso de hombres serios yo, miembro del Jurado, le concedería el premio de honor. Esto sí, es necesario que, en tan estupendas condiciones de presentación, la seriedad del sujeto se complete con unas barbas bien cuidadas y unos lentos de oro.

A veces el espectáculo reviste una pompa desconcertante. Se trata de un desfile de hombres serios. Generalmente una procesión, Cívica o religiosa. Es igual. Entonces tengo que ocultarme detrás de una columna o del tronco de un árbol y ponerme un pañuelo en la boca. La cosa no es para menos. Los mismos señores serios que tantas veces me hicieron reír al encontrármelos por la calle en traje de diario, suelen desfilar, en esta ocasión, con vistosas indumentarias inverosímiles, largas levitas anticuadas, sombreros como cristas de gallo... Si no fuera por el respeto que me infunde la Delegación de Policía, a uno le daría un papirotazo en la narizota, a otro le tiraría un directo a la barriga con el índice extendido, a otro le quitaría el bisoñé, a otro le tiraría de los faldones, a otro de las barbas patriarcales... ¡Lo que sufre mi subconciencia en estas ocasiones!... Le tengo que sujetar. Le tengo que ordenar que finja y disimule. ¡A dónde iríamos a parar!... Se me pone insostenible.

No divaguemos. El perfecto señor serio suele andar muy estirado. Su postura natural es la del portador de un pendón o de una vara de palio. Es circunspecto, prudente y retraído. Habla poco. En las conversaciones se limita a estrictos movimientos de cabeza. No suele aventurar opiniones concretas y, para salir del paso lo mejor posible, cuando ya no puede aguantar más, suelta un refrán vulgar con aire de sentencia.

¡Oh, el señor serio!... ¡No digo que resulta divertidísimo!...

Dentro de la seriedad fundamental que caracteriza a la especie, hay divisiones y subdivisiones innumerables. No hay más que verlos pasar por la calle, a la hora del paseo multitudinario, para darse exacta cuenta de su infinita variedad. En general, todos los que Balzac clasificó como «predestinados», inevitables y fatales, fundan en la seriedad su razón de ser.

Serios, estirados y formales pasan por la vida sin darse cuenta de lo ridículos que son: A veces la sociedad los utiliza para dar el tono conveniente. En estos casos, un señor completamente serio no tiene precio. No se le regatea sueldo ni dieta. Se le considera necesario para lo decorativo. Las gen-

tes le buscan para ofrecerle cargo representativos. Los porteros les suelen tratar con gran respeto y los hombres humildes y sencillos tiemblan al acercarse al representante de la seriedad.

Ellos lo saben y acentúan su hermetismo, adoptando un aire majestuoso de ser privilegiado hecho a las reverencias y a los acatamientos del pobre vulgo ingenuo y pueril.

Los aduladores les abruman esgrimiendo constantemente el cepillo de la adulación. Es cuando ellos se creen y llegan a creer que representan un valor social. Su rastro mundo circundante les hace perder la cabeza hasta el punto de obligarles a comportarse como personajes ejemplares. Y, ya en la pendiente, se atreven incluso con la oratoria. ¿Quién no ha oído un señor serio al final de un banquete?... Todos los lugares comunes brotan de sus labios enfáticamente. Se oíente moralista y dicta normas de conducta a la sociedad.

Al señor serio le gusta dar consejos a todo el que se le pone por delante.

Son los que dicen al niño:

—¿Qué?... ¿Estudias mucho?... ¿Ya procuras ser alumno aprovechado?... Veo que eres un hombrecito. A este paso pronto serás mayor que tu padre. Procura ser formal. La formalidad es la base de la existencia. Déjate de juegos y estudia con aplicación.

Si hablan con un joven, los señores serios suelen decirle indefectiblemente:

—Hay que sentar la cabeza, muchacho. Déjate de novias y de diversiones. En mi tiempo, a tu edad, ya nos ganábamos la vida. ¿A qué te dedicas?... Déjate de lecturas. Hay que ser práctico. Y ahorrrativo. El dinero es lo más serio de la vida. Procura pescar una buena dote y déjate de amos que a nada bueno conducen. A ti lo que te hace falta es un buen partido. O por lo menos una chica que, si tú tienes para la comida, tenga para la cena.

¡Deliciosos señores graves, ceñudos, solemnes y majestáticos!... ¡Qué divertidos sois!... Si en el fondo no fuérais, en realidad, unos redomados fariseos, se os podría tolerar y hasta fingir que se os reverencia. Pero, como sois unos solemnes majaderos, me gusta ponerlos en evidencia para que los incautos no se dejen sorprender por vuestra decorativa seriedad y sepan a qué atenerse.

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XVIII

La tempestad, un temporal y... al Pireo

Habrás observado, lector, que no he caído en la tentación de «descubrir» los países que recorro, acaudillando las huestes de «Mujeres y Flores de España».

Estos «descubrimientos» tan fáciles cuando se tienen a mano, Anuarios, Guías y Diccionarios enciclopédicos, no han tentado nunca mi pluma.

Muchos escritores, en cambio, no pueden sustraerse a la seducción de narrar lo que ven. Y lo que es peor aún: de juzgarlo.

Hay escritor, por ejemplo, que «descubre» un país en lo que tarda en aprovisionar sus carboneras el buque que le conduce. Dos o tres horas de escala en un puerto, le bastan para «descubrir» las costumbres y las tradiciones de la población, sus virtudes y sus vicios, su acometividad industrial y mercantil, su sentido ético y artístico y su concepción política, religiosa y social.

Descubre, asimismo, las huellas que la civilización propia o la de países invasores hayan podido dejar impresas en la población y sus características presentes en cuanto se refiere a ornato, higiene, urbanización y servicios públicos.

Casi nada teniendo en cuenta que el viajero «descubridor» ha invertido las dos o tres horas de que disponía en un paseo en coche por la población, en tomar una cerveza en la terraza de un bar y en echar a correr hacia el puerto para reintegrarse al vapor.

Y volvamos al propósito que mueve mi pluma al enjaretar estas modestas crónicas. Traté de explicar como Dios me diese a entender la segunda expedición de catalanes a Oriente, no menos triunfal y heroica que la primera por lo que se irá viendo, y allá va la nave camino de Grecia, la inmortal, y aquí quedan estas humildes páginas testimonio fiel de que no he actuado ni por un momento de «descubridor».

Traté, simplemente, de que el lector conviviese en franca camaradería con los expedicionarios catalanes y lo voy consiguiendo. El lector es nuestro amigo y nuestro compañero de viaje inseparable. Es el menos molesto y costoso de los huéspedes. Ocupa su sitio calladamente en el carro de la farándula, va conociendo por dentro el mundo teatral, que no es el mundo en que viven los demás mortales, y se interesa, se conmueve o se divierte con aquellas cosas que sus ojos, como los nuestros, se detienen a contemplar. De aquí que, como nosotros, no precise de guía ni de cicerone. Las narraciones respecto a lo que son y han sido los pueblos en todas sus edades y en sus as-

pectos, geográfico, político, filosófico, artístico, guerrero y religioso, no le interesan al igual que a nosotros, oídas al pasar, sin garantía alguna de verosimilitud y huérfanas, las más de las veces, de gracia y doposura. Para esta clase de conocimientos, disponemos de media docena de libros de estudio, algunos más y mejores que los que utiliza el «descubridor» para sus elucubraciones descriptivas. Con menos de este material se puede dar la vuelta al mundo en el hueco de una flauta, asombrando al lector ingenuo y adquiriendo patente de narrador portentoso e ilustre.

Y vamos a lo que importa, pues el paréntesis nos va resultando casi tan largo como la travesía de Port-Said al Pireo, gracias a una borrasca que se desencadenó a última hora, como quien dice, que nos hizo arribar a puerto con veinte horas de retraso.

¡Qué noche, Señor! Aquello no eran tumbo ni bandazos más o menos violentos. Eran triples saltos mortales y vueltas de campana, lo que daba el buque. Era materialmente hundirse en el abismo más hondo de los mares, ascender en espiral hasta lo más alto de los cielos, agarrarse a una nube desesperadamente, sentir que la nube se desgarraba con horroroso estrépito y caer dando vueltas de campana sobre el mar en furia, el cual, amorosamente, nos despide con una patada gigantesca.

Y así, con ligeras variantes, no tan ligeras como variantes, consistentes en una serie de movimientos de babor a estribor—movimientos de cadera, como si dijéramos—poseídos de la perversa intención de volcar al agua el contenido del buque. Escuso manifestar que una parte del contenido no estaba de acuerdo con tamaño fechoría y se agarraba a lo que podía, lo mismo a un madero que a una señorita de conjunto. Agarrarse a una estrella hubiera sido lo ideal en aquellos momentos, pero las del cielo andaban por las nubes y las de la compañía estaban batiendo el record del arrojito.

El «Abassiach» de nefanda memoria, llegó al amanecer ante el Pireo y estuvo allí algunas horas pidiendo práctico. Inútil toda insistencia. La embocadura del puerto era por lo visto cosa bastante difícil y expuesta a peligros, dado el estado agitado del mar. En la Comandancia del puerto aparecía izada la bandera de peligro.

¿Qué hacer?

En estos términos me planteó la cuestión el capitán del «Abassiach». Ante la imposibilidad de desembarcar a la compañía se veía obligado a seguir su ruta hacia Constantinopla. Lo contrario, es decir, seguir capeando el temporal a media máquina en las

inmediaciones del puerto, horas y más horas, equivalía exponer el buque y exponer-nos todos a un serio peligro.

¡Horror!

Le significué el espantoso perjuicio que habría de irrogarnos no desembarcar en Grecia. ¿Cómo abandonar los contratos firmados para la actuación de la compañía en Atenas y Salónica? ¿Qué hacer en Constantinopla sin teatro libre, con la compañía en la calle y sin posibilidad de trabajar en una población vecina?

Era ello tanto como la ruina de la compañía. La catástrofe de la tournée. Apéle a un recurso supremo. Le di a leer los carteles y programas anunciando para aquel mismo día el debut de la compañía en el «Dionysia». Aquellos papeles impresos en caracteres griegos, parecieron conmovérle.

Arremetió con mayores bríos. El «Teatro Dionysia» no era precisamente el «Dionysos», ni nuestro espectáculo eran las tragedias de Sófocles, Esquilo y Eurípides... pero ¡para tragedia la nuestra..., si no desembarcábamos en el Pireo!

«La segunda expedición de catalanes a Oriente pasando de largo ante el famoso puerto?... ¡Horror de los horrores! ¡Desembarcaríamos aunque fuese a nádo! ¡Aunque nos fuese que tragar una ballena... a la que previamente, como es natural, le echaríamos la característica...!»

El capitán reflexionó unos momentos. Aquellos impresos en caracteres griegos, que yo había creído cándidamente que no entendían ni los propios griegos, parecieron de nuevo conmovérle. Subió al puente. Esperé. Los minutos me parecían siglos.

Un grito que profirió no sé quién, me sacó de mi angustia.

—¡El práctico!

Efectivamente, uno de los prácticos del puerto se acercaba al buque tripulando un remolcador. La pequeña embarcación tan pronto apareció como desapareció a nuestros ojos. En compañía del práctico venía temerariamente el Director del «Dionysia».

Así conseguimos escapar del «Abassiach» que después de nuestro desembarco debía permanecer tres días perdido en el mar borrascoso con el timón roto, la telegrafía sin hilos destruída y a punto de perecer por falta de auxilio.

Y así logramos, heroicamente, poner pie a tierra en el Pireo.

Y lo que es más heroico aún. En la noche de aquel mismo día, aquellas mujercitas españolas que unas horas antes, aparecían a mis ojos con el espanto pintado en los rostros desencajados y extenuados por el mareo y la fatiga, triunfaban gloriosamente sobre la escena del «Dionysia» ante el público ateniense.

Una aventura galante

Por JOSÉ MARÍA PLANAS

Serían aproximadamente, las tres de la madrugada. Yo estaba durmiendo con toda la tranquilidad de este mundo, cuando unos golpecitos que sonaron en la puerta de la habitación, me despertaron. Escuché, por si acaso fuese cosa de un sueño mal interpretado. Los golpes insistieron y esta vez iban acompañados de una voz femenina, de acento extranjero, que decía dulcemente:

—Abra, señor, abra...

Así lo hice. Bajo la luz vacilante, apareció una mujer alta, esbelta, de cabellos dorados que le caían desordenadamente sobre la espalda. Sus bellísimos ojos azules estaban sombreados por una gran inquietud. Iba vestida negligentemente, con una especie de bata indescifrable que apenas le cubría el cuerpo medio desnudo. Daba la impresión de haberse vestido precipitadamente, sin reparar mucho en el aspecto pudoroso de su «toilette». Al acto le reconocí. Nos habíamos cruzado varias veces en los pasadizos del hotel y nos saludábamos brevemente. Sabía de ella, que era francesa, que vivía sola y que no tenía una ocupación bien determinada. Un día, en el comedor, yo había remojado la cena con un poco de champaña. Ella, aquel día, estaba sencillamente encantadora. Fuera por una cosa, fuera para la otra, lo cierto es que la dirigí unas cuantas miradas enternecedoras. Ella se dió cuenta y movió el morrito en un mohín gracioso.

—Ya me perdonará—dijo precipitadamente—pero créame que cuando me he decidido a venir a molestarle, es porque se trata de una cosa importante.

Inicié una galantería, a base de que no era posible que ella me molestase, pero el parrufito que empezaba muy brillante, se vió truncado por un bostezo indiscreto.

—Se vé que usted es un caballero—continuó—un perfecto caballero. ¡Oh, si todos los hombres fueran unos perfectos caballeros!— Y floriqué un poquito.

Intenté consolarla. Afortunadamente ella sola volvió a serenarse. Y entonces, con una mirada llena de gracia, me dijo:

—Ya me perdonará que me haya presentado así...

Entonces me di cuenta de que no llevaba medias. Lo mismo daba. A las tres de la madrugada, no es precisamente una cosa muy importante que las mujeres lleven medias. Yo mismo iba cubierto con un pijama polícromo, que me daba cierto tono de presidario excéntrico. También le pedí perdón por recibirla de aquella manera. Y acompañando la acción a las palabras, me vestí con un albornoz, la prenda de ropa que me ha servido para utilidades más diversas,

A medida que iba pasando el tiempo, yo yo me iba dando más perfecta cuenta de la situación. Al fin y al cabo, ella, con aquella desordenada vestimenta, estaba muy bien. Sencillamente bien. Yo, perfectamente despeinado y con la cintura ceñida por el cordón del albornoz, presentaba un aire muy deportivo. Ella se había deslizado indolentemente encima una butaca y yo estaba sentado en la cama. Pasaron unos momentos de silencio angustioso.

—¿Quiere fumar?—y le ofrecí un cigarrillo.

—Gracias, ahora no.

Encendí mi abduca. En aqueña hora y en aquella ocasión, el tabaco tenía un gusto incomprensible.

—Yo me llamo Suzette—dijo ella.— ¡Pero eso no tiene importancia!—Y un pieccecito se movía en un ritmo nervioso.—El caso es que ahora, en estos preciosos momentos, hay un hombre en mi habitación que quiere matarme...

—¿Que quiere matarla?

—Sí, que quiere matarme.

—¿Y quién es este hombre?

—Es, es... mi marido.

Yo tenía mis dudas sobre la autenticidad de los maridos de las señoras que vivían en aquel hotel. Pero por el momento, no había par qué andarse con sutilezas. Por otra parte y por el que a la situación actual hacía referencia, la cosa se iba poniendo grave. He aquí que aquella señora estaba en peligro de muerte y venía a buscarme a mí, abogando mi calidad de perfecto caballero. En un momento, ¡ay! de debilidad, pensé que hasta el hecho de ser un caballero perfecto tiene sus inconvenientes. Pero reaccioné en seguida y poniéndome a tono con el importante papel que se me destinaba.

—Usted dirá en qué puedo servirla.

—¡Ya lo creo que podía servirla! Se trata de, nada menos, que de ir a su habitación y echar de ella a aquel hombre.

—Pero, vamos a ver: ¿por qué quiere matarla su marido?

—¡Oh, es un canalla, un perdido, un cobarde! Cada dos por tres, lo tengo aquí y me hace entregar dinero, todo el dinero que tengo. Para convencerme, me pega de una manera asquerosa. Y yo se lo doy, claro está. Hoy también ha venido a por dinero. Yo no tengo nada, absolutamente nada, puede usted creerme. Ante esta perspectiva, él ha puesto el grito en el cielo, me ha insultado, me ha dicho todo lo que le ha venido en boca. Después, como fin de fiesta, me ha golpeado de nuevo. A empellones me ha sacado de la habitación, y con una voz que daba

escalofríos, me ha amenazado con matarme, si me atrevía a volver allí sin dinero.

Aquello se iba poniendo feo. A pesar de todo vislumbré una solución diplomática.

—Si usted quiere, aquí mismo tengo ciento cincuenta pesetas...

Ella protestó indignada. ¡Aquello nunca! De ninguna de las maneras podía ni quería aceptarlo. Yo era un caballero, un perfecto caballero. Como a tal, era un hombre y la tenía que proteger a ella contra los excesos de aquel monstruo.

—¡Somos tan débiles las mujeres!—concluyó

—¡Así, pues...?

Yo tenía que acompañarla a la habitación y, ante ella, decirle cuatro cosas bien dichas a aquel poca vergüenza. Hacéle comprender toda la inmoralidad de su proceder. Y hacéle entender, de una u otra manera, que se largase.

Esta «de una u otra manera» constituía, al fin y al cabo, toda una perspectiva de violencia. Yo tengo un temperamento pacífico. Un temperamento pacífico y prudente. Nunca me han emocionado excesivamente las actitudes heroicas. Pero he aquí que ella se había sentado a mi lado y sentía la dulce presión de su brazo sobre el mío. Suzette me cogió una mano y en ella depositó un beso y una lágrima. Yo empezaba a sentir un poco de ternura, al fin y al cabo, aquella mujer era una espléndida mujer y, ¡qué diantre!, aventuras no salen a cada paso. Ya me imaginaba la mirada de envidia que me dedicarían mis compañeros de hotel cuando, al día siguiente, entrase en el comedor al lado de ella. Me sentaría a su mesa, los dos solitos, y yo una sonrisa discreta como aquel que no le da importancia a la cosa...

Me levanté, decidido. Dije «¡vamos!», con una voz un poco epopéica. Suzette, sorprendióme una mirada dirigida al bastón, que estaba apoyado en la luna del armario.

—Eso no!—me dijo—. No le haga daño, ¿oyes?

Salimos juntos hacia la penumbra de los pasillos. Suzette iba muy acercada a mí. A través de la tenue bata, sentía el temblor de su cuerpo. Su habitación no estaba muy lejos de la mía. La puerta permanecía cerrada y por las rendijas se veía la luz. Ella misma llamó. Sin ninguna palabra previa, la puerta abrióse violentamente. En el dintel apareció un hombre moreno, alto, impresionante. Iba en mangas de camiseta y exhibía unos brazos velludos y vigorosos. Contraría a la razón, unos treinta y cinco años. Pareció quedar un poco sorprendido ante mi pre-

sencia, y con un tono que se esforzaba en no ser brusco, me preguntó:

—¿Quién es usted?

Suzette intervino con la voz entrecortada por el llanto:

—Es un hombre ¿oyes? Un hombre todo lo contrario de lo que eres tú.

Me hizo bastante gracia que Suzette me escogiese precisamente a mí delicado y quebradizo al lado de aquella especie de gigante, para definir su concepción de un «hombre».

El marido, contrariamente a lo que yo me imaginaba, no me pegó en seguida. Mas pronto pareció que mi presencia allí le divertía bastante. Me dirigió una mirada mofeta, y con voz de sorna, me dijo:

—¡A ver, que pase ese hombre!

Entré. Suzette continuaba aferrada a mi brazo. No me costó mucho de comprender toda trascendencia de mi situación. Y con un tono de voz que se esforzaba en ser áspero y persuasivo a la vez, interpele al hombre de los brazos velludos:

—¿No le da a usted vergüenza hacer lo que hace? Los hombres...

El interrumpió el discurso que tan bien comenzaba:

—Sermones, no, ¿oyes muchacho? Ya debes haberte fijado en que estoy un poco crecidito. Probablemente soy mayor que tú. Vamos a ver: ¿cuántos años cuentas, guapo?

Decididamente, aquel hombre me estaba tomando el pelo, y eso de que un hombre en cuerpo de camiseta se permita de tomarse el pelo a uno, es una cosa del todo intoreable. Le dirigí una altiva mirada de desprecio. En ciertos casos, el desprecio es la solución más digna, a la vez que más cómoda. El no pareció darse cuenta—¡alma vulgar!—y dijo a Suzette:

—Bien, nena, bien. Veo que has escogido un bravo matón, un gentil matón, al fin y al cabo. Pero, ¿no tienes miedo que se te resfríe, llevándolo con poca ropita por esos pasillos de Dios?

Aquello, canastos, no podía durar. Aquel marido sinvergüenza me estaba poniendo en una situación grotesca. Suzette, mientras

tanto, me observaba con aire interrogante. Comprendí todo lo que yo representaba para ella, en aquellos momentos. El miedo al ridículo me hizo ser valiente y con gesto decidido, del que ha tomado una resolución de la que no puede volverse atrás, fui recogiendo la ropa de él, que yacía esparcida desordenadamente por la habitación. De la americana, el sombrero y la camisa, hice un lío que le dejé encima de las rodillas. Mientras tanto:

—Basta de broma, ¿lo oye? Guárdase la ironía para cuando sea una persona honorable. Ahora, no le sienta bien. Ahí tiene eso, y ya está usted largándose.

Decididamente, su flema no me hacía pronunciar más que disparates. El no dió muestras de enojarse y en tono placentero me dijo:

—Bien, muchacho, bien. Pero ¿dónde quieres que vaya, solito, a estas horas, con esta ropa bajo el brazo?

—¡Abusar así de una mujer!—continuó—Y además, guárdese con esa «pose» humorística. ¿Su dignidad le permite esta conducta?

—¿Mi dignidad? Dignidad... dignidad... Esta palabra me suena, puedes creerme.

—¡Basta ya de chacota! O se va usted al instante, o...

—... ¿o qué, guapito? ¿Quizá quieres pegarme?

A todo esto se había levantado, se había acercado a mí, y con dos dedos iba golpeándome la nariz. Le di un empujón que obligó a sentarse en la cama. La expresión de su cara cambió súbitamente. Aquella tranquilidad, un poco fingida, había desaparecido del todo. La había sucedido una cara adusta y poco tranquilizadora. Aquello se iba caldeando por momentos. Suzette intervino, despavorida, con un tono de final de drama:

—¡Sobre todo, no os hagáis daño!

Yo empezaba a tener ya un poco de ganas de hacer daño. Probablemente él pensaba lo mismo con referencia a mí. Me lo hizo comprender su inquietante tendencia a mirar por todos los rincones de la habitación. Seguramente cercaba algún arma contundente,

más contundente que su ironía. Yo contéme con una silla que, ¡pobrecilla! permanecía, bien inocente, a mi alcance.

En vista de que no encontraba lo que debía buscar, él se levantó, y con los puños cerrados y los dientes más cerrados aún, se me acercó.

—¡Terminó el jolgorio! ¡Terminó también mi paciencia! ¡Lárguese usted!

Tenía el brazo levantado, y claro está, por ley natural tenía que descender. Y al hacerlo, me dió así cómo un bofetón. Lo que pasó entonces, yo no sabría describirlo bien. Lo cierto es que mi silla se elevó como por arte de magia y fué a estrellarse en medio de la frente de aquel energúmeno. De la herida empezó a manar un hilillo de sangre. Se puso la mano en la frente, dió dos o tres pasos como si estuviera bebido y se desplomó contra el suelo.

Suzette, que permanecía sola en medio de la habitación dió un gran chillido. Me lanzó una mirada llameante, y profirió con una voz tenebrosa: «¡Monstruo! Se precipitó rápidamente sobre él, y empezó a llorar: «¡Me lo han matado!, ¡me lo han matado!», decía. A través de las lágrimas, sus ojos resplandecían siniestramente. Y como si los escupiese, me lanzó en cara toda una serie de insultos:

—¡Ladrón asesino, salvaje!

Yo permanecía anonadado, en medio de la habitación, con la silla en las manos, hecho un tronco. Suzette se incorporó, lanzóse sobre mí y sus uñas se me clavaron en la carne.

—¡Vete, bandido, vete; sino, te mataré!

A empujones me sacó de la habitación. La puerta, tal como se había abierto, se cerró con una gran «estrépito». Permanecí de pie en el dintel, completamente alhelado. Mientras tanto, él, adentro, debía de haber vuelto en sí. Oí vagamente su voz, que decía no sé qué cosas. Una pausa. Y la voz de ella:

—Te querré siempre, ¿oyes?, siempre, para toda la vida.

Oí que en el campanario de una iglesia vecina, estaban dando las cinco de la madrugada.